

Eibar, Fedundo.

Apoyado en el balaustre de la Galeria de Incurables contemplo el panorama de este pueblo encantador. Mi observatorio es un pasadizo volado, con amplios paneles, a estilo de los de Suiza. Véis allí sillas de mimbre, en las que un enfermo puede tomar el sol en todas las posturas, sin volentarse; el suelo está asfaltado, limpio; sobre trípodes de níquel se alzan escupideras; unos jardines elevan sus platabandas por planos inclinados, convirtiendo el monte hurafío y pedregoso en un florero; dentro de muy poco tiempo el verjel será un parque; hoy es ya un mirador, desde el que mi alma no se harta de contemplar aquel pueblecito, que ha hecho un milagro civico.

Quisiera tener en mi alma cantidades enormes de dulzura para derramarlas sobre ese pueblo; quisiera ser santo para bendecirle. El río Ego labró su cauce entre estas montañas, y el pueblo se asentó en el mismo. Ha construido bóvedas por las que el río se desliza, calles asfaltadas, casas, mercados; no quiere separarse de su río, y edifica en las márgenes y tiende sobre él rutas como las antiguas calles en los puentes

de Alemania.

Ahora comienza a trepar por las montañas en busca de luz y de aire. Véis casitas desparramadas, casas que no se parecen a ninguna otra, casas en las que todo un lienzo de pared es una inmensa vidriera. No hay alacios allí, ni esos hacinamientos de villas y hoteles que son hoy el ensanche obligado de un pueblo que trabaja. Allá, en cierta plaza, divisáis el cuadrado macizo de la Casa de la Villa, y en un altozano, surgiendo de las entrañas del pueblo, la vieja mole amarillenta de la iglesia, que os produce la sensación de una cosa abandonada, de un abultamiento rugoso, de una excrecencia deforme; no se yergue, se hincha, y os produce compasión. Eibar es negro. Un humillo azulado le envuelve a todas horas, sale de todas partes como pequeñas sulfataras, sin ruido, serenamente; creéis que es el humo de los hogares; os fijáis mas y comprendéis que es humo de honno. Las casitas, húmedas, descoloridas, tienen grandes ojos; no son casas: son fabricas, talleres familiares: uno de aquellos pueblecitos ya perdidos en España, donde nuestras industrias triunfaron callada, silenciosamente, y se inpusieron.

Madinabeitia me dijo: Bélgica, Estados Unidos y Eibar.

Este pueblo, digno de ser del Lancashire, exporta como toda una Nación: mensualmente envía al mercado del mundo centenares de miles de armas, de objetos de orfebrería; un calado paciente que borda el acero y le dora y trabaja en él hasta convertirle en una filigrana árabe. Apoyado en el balaustre oigo, embelesado, aturdido, el ruido de los martillos; un sonido semejante al que producen los picapedreros de una cantería. Detrás de los vitrales, de las amplias lucernas, de los cristales, él pueblo trabaja para él mismo, solo para él. Y es un trabajo inmenso casero, doméstico, comunista, que ha realizado el prodigio de ser único y progresar sin desplantes, agazapado a la sombra de los altos montes, seguro de su presente, y escalando el porvenir con la lentitud, y seguridad de una villa belga, de un burgo de aquellos cuya fama es universal e imperecedera, y, sin embargo, al visitarlos creemos que la fama mintió, porque no son hoy ciudades. Nunca lo será Eibar, y ojalá que no lo sea. Estos pueblos se entregan a su obra, no se enriquecen; les embarra su propio trabajo, se enorgullecen de su fecundidad incomparable.

Transmitiéronse de padres a hijos las fórmulas de su arte, y no se preocupan de otra cosa. Por eso son buenos, cariñosos, justos; sobre todo libres.

Eibar es un pueblo libre. Viajáis por Guipúzcoa, y os dicen: ¡Eibar! ¡Ah Eibar!.. ¡ Ese si que es un pueblo! El eibarrés no miente, no engaña, no se finge a si mismo una situación falsa; lee mucho y bien; sabe que, enclavado por la fatalidad en España, está sometido a una formidable obra de revolución. Y Eibar se revoluciona. Ha tenido la adivinación admirable de que la propia perfección es la mejor semilla y la contribución ideal al esfuerzo de todos, y véis al pueblo trabajar sin descanso; asfalta sus calles, idea mejoras, traza planos de ensanche, higieniza, piensa en ocultar el río bajo un doble tubo, abre Escuelas, compra un número inmenso de periódicos, y toda reforma tiene allí eco, voz y voto. Es un burgo libre, al que el fabrillismo no ha congestionado. ~~Ex~~ Su trabajo continuo le dió la fuerza prodigiosa del movimiento continuo. Marcha: esto es todo; lo demás no le importa.

Veo desde aquí un colegio de parvulillos. Están en la hora del

recreo; juegan, charlan, y es un encanto oriles dentro de esta grandiosa armonia lenta, de este incansable martilleo, que se extiende por las márgenes del Ego entre las montañas. Los niños son los árboles de Eibar. La calles no los tienen, pero en cada calle os encontráis cian niños. Yo he peregrinado por ellas, deteniendme a cada paso a contemplar su esbeltez y su salud, a deleitarme con su número, que ensancha el corazón con una oleada de sangre nueva. Exclamáis: ¡Cuanto niño! ¿Qué mayor elogio? Esos niños verán la República; son merecedores de verla, porque sus padres laboran por crearla allí junto a su cuna, y no les hablan de la República como de uena hada lejana, sino que les hablan de la República con obras republicanas, con calles limpias, con calles sin vagos, con casa-talleres. Todos leen. El periódico se extiende en las manos de todos. Llegáis a inquietaros, a prguntaros a vosotros mismo si sois dignos de peregrinar por tal pueblo. Una fuente de bronce detuvo mis pasos. Restregué mis ojos, creia soñar; allí, coronando el cipo, una mujer desnuda se ierguia valientemente; la estatua me cautivó; nada mas elegante ydivinamente inmoral; los que bebieran, los que llenaran sus odres habrian

de ver aquella belleza soberana, franca, sin tapujos. También por allí una lápida os dice que Eibar creó a los Zuloagas. Calma, serenidad, una dulzura enervante por las calles. Pasan muy bellas mujeres, de mirada abierta, quieta, sin timideces prestadas., y os gusta volver sobre vuestros pasos para revordarlas. Y en los pisos, la labor es infatigable y sabiotrabajo, que ha puesto en labios de Madinabeitia, también, como su ciudad querido, único: Bélgica, Estados Unidos, Eibar.

Silba el trem corre, se pierde en la gargante de los monte, y yo, melancólicamente, sigo con mis ojos las líneas vastisimas d las montañas, que como uana caja encierran la joya de Eibar. Están esas montañas tan calladas, tan serenas; ¡se desprende de ellas una quietud tan suave! .. Madinabeitia murmura en mi oído el progreso del pueblo, y yo no le quiero oír. Veo y veo, miro; me embelesa un pueblo de fabriquitas, un pueblo sin alcalde, sin caciquismo, sinjuez, sin las ideas hechas de orde, vara, ley y reglamento, pero con algo que vale mucho mas que todo eso: con talleres familiares que no se envidian, que no se consumen en estéril competencia, que no se arruinan los unos a los otros., que conviven sin mo-

75
lestar, ocultándose con modestia que embarga y emociona en las calles. Paraos en una sacera y mirad. Detrás de los paneles los obreros, tocados de largas blusas azules, pulen las piezas pretas en legendarias bombas; otros forjan a brazo y baten el acero, haciéndole tomar la forma que desean, ajustando las piezas con esa seguridad y fortaleza que es uno de los secretos de Eibar. He subido al mirador para que mis ojos no olviden el pueblo y le recuerden siempre como modelo de pueblos republicanos. Toda idea grande, allí encontrará tierra y abono; toda idea grande se transforma allí en actos; sobra vida, abunda la vida, una rarísima fuente de vida inagotable que se muestra en labor, en labor continua, en trabajo del alma y de la mano. ¡Bélgica, Estados Unidos y Eibar!.. Ya véis si tengo razón para adorar los ideales republicanos, cuando éstos son capaces de hacer un pueblo como Eibar, como ese Eibar inolvidable que a mis pies sigue el curso del Ego, y que hoy, como la revolución, se dispone a salir de su madriguera y escalar las montañas.

=====